

propósito socialista no es este sino el de la lucha por la socialización de los medios de producción.

Convenimos en señalar que el marxismo, para nosotros, no consiste en la glosa más o menos erudita de vigorosas directivas. El marxismo es, para nosotros — en primer término — acción.

Y esta es también y principalmente una cuestión de método, una cuestión de programa y una cuestión de organización.

De ahí que no podamos admitir una lucha marxista por un programa revolucionario, sobre la base de una organización interna demo-liberal.

Sabemos que la revolución proletaria no se hará cuando quieran hacerla los proletarios y que será posible en el momento histórico en que coincidan las condiciones objetivas y subjetivas necesarias.

Sabemos que las contradicciones del régimen capitalista aceleran el proceso de acrecentamiento de las condiciones revolucionarias objetivas, y al mismo tiempo, que ellas de nada o muy poco valdrán mientras no se haya creado las condiciones subjetivas. Y la lucha por el marxismo significa, para nosotros, la lucha por la creación o el afianzamiento de esas condiciones subjetivas.

Nos colocamos, entonces, clara y conscientemente, en este plano.

Desde otro punto de vista, comprendemos que las masas no podrán ser impulsadas victoriosamente a la batalla, máxime en las actuales circunstancias históricas en que el capitalismo constituye un compacto bloque reaccionario, sino sobre la base de la unidad de acción.

Sostenemos que, tarde o temprano, en el orden internacional, han de unirse las actividades fraccionadas de la clase obrera organizada para su emancipación. Hechos recientes ocurridos en algunos países europeos, así permiten asegurarlo. Lo mismo podríamos afirmarlo aunque ello no hubiera ocurrido.

Comprendemos que esa acción combinada es incompatible con toda actitud intransigente de grupo, y comprendemos que nada hay de despreciable en ninguno de los sectores en que la clase obrera organizada se divide.

Nuestra tarea inmediata consistirá en la integralización de nuestra acción mediante un estudio adecuado de nuestra propia realidad económica social a través del método marxista.

Dos problemas se balbucean hoy en nuestros filas que, a nuestro juicio, son fundamentales y que sólo el Socialismo podrá resolver: el problema imperialista que nos plantean los bancos, los ferrocarriles y los transportes concedidos a empresas privadas, los frigoríficos, la electricidad, los teléfonos, los tratados y en general, todo el complejo que nos somete a una condición de país semi colonial; y nuestra profunda crisis agraria.

Los trabajadores son los que, en presencia de estas cuestiones, sufren sus consecuencias más directas. Ellos son las víctimas de un sojuzgamiento interno y externo.

El Socialismo debe colocar en primer plano la lucha contra el imperialismo y, a su lado, la cuestión agraria, que no podremos afrontarla con éxito sosteniendo erróneos conceptos de parcelamiento o de reformas superficiales.

Es necesario que en estas y en otras cosas, aparezca nuestro movimiento como un verdadero movimiento socialista y que sean cada vez más profundas las diferencias que nos separan no sólo de los grupos ultrarreactionarios sino de los conglomerados más o menos liberales y siempre demagógicos que actúan en el país.

Con estas ideas generales y con estos propósitos, nos ponemos en contacto con nuestros camaradas y con los trabajadores, convencidos de la posibilidad y de la necesidad de realizar una tarea de proyecciones considerables, en la lucha por el Socialismo.

COMENTARIOS

La libre crítica

El partido socialista es un movimiento ideológico que ha surgido por el conocimiento de una realidad absurda y la aplicación de un método interpretativo de la historia. El conjunto de sus ideas no puede ser propiedad privada de ninguno y menos puede privarse la libre crítica sobre su orientación y su interpretación.

Las ideas que forman el rico bagaje del movimiento de los trabajadores, no pueden ser impuestas al acatamiento de autoridades indiscutibles o a prepotencias personales, pues pertenecen a todo militante que tiene el derecho y la obligación de discutir, comentarlas y censurar las desviaciones que se hagan con ellas en la acción.

Cuando en un partido se pretende limitar la libre crítica en aras de un practicismo político, debemos declarar que las ideas o la doctrina han sido sacrificadas, y el movimiento no tiene timón aunque surjan muchos capitanes; y cuando se la niega por un "úrase" para salvar la disciplina, se puede decir sin equivocación que dicha resolución no es muy socialista, sino muy dictatorial.

No negamos la imprescindible necesidad que tiene todo partido de la clase trabajadora de una disciplina; pero del orden en la organización y del cumplimiento de los deberes no puede deducirse la negación del derecho de la libre crítica de las ideas y de las resoluciones tomadas por el partido. Disciplina en la organización no es incompatible con el derecho de criticar y discutir. Sólo un temor reverencial a las ideas o un autoritarismo personal puede confundir estos conceptos. El acatamiento para la obra es un deber indiscutible, el acatamiento impuesto a las ideas es una servidumbre inicua. Solicitamos la libertad de pensamiento a la burguesía y no deseamos para el partido, es una contradicción que la razón no justifica.

Abandonar la libre crítica de las ideas y de los métodos, podrá, quizás, formar buenos ciudadanos para las lides electorales, pero no militantes activos y eficaces en los momentos de acción; pues, se descuidará el

estudio de la doctrina, tan necesaria, ya que es la teoría de la acción y hará presa al partido de un oportunismo electoralista, al que no negamos su sinceridad, pero que a veces no es nada socialista.

Y nos será fácil ver el divorcio entre la masa de afiliados y sus cuerpos representativos; mientras la primera siente una vaga inquietud indefinida, pero que es una simpatía hacia el ideal socialista, en la otra se hace acrobacia con las ideas y se afirman conceptos que el partido ha repudiado y jamás ha aceptado; los centros censuran, pero el desviado seguirá repitiendo sus falsas posiciones.

La libre crítica no puede engendrar ese divorcio, aunque podrá crear sectores de opiniones que serán frutos naturales del movimiento de ideas, y que existen en todos los partidos de la internacional socialista. Sólo no nacen donde la libre crítica ha sido limitada, pero con la grave consecuencia de que la riqueza doctrinaria es substituída por agudos personalismos.

Reivindicamos el derecho de discutir todas las ideas y actitudes, en el más amplio sentido de la palabra. No deseamos quedarnos en la superficial aceptación de los hechos consumados, posición incómoda que ahorra la pena de pensar y el deseo de estudiar. Queremos que el Partido Socialista, sea ante todo, el partido de la acción y de la crítica, antes que la fuerza política que plantea los asuntos empíricamente, sin entrar al meollo de los problemas sociales, que puede hacerla en algunos momentos fuerza numérica, pero no en calidad y que en el postrer instante de la audacia será un médano arrastrado por la fuerza ciega del viento reaccionario.

Discutir es razonar y razonar es pensar, y cuanto más elevada sea ésta, menos personal será y más beneficiosa para la masa en general. Conceptuamos que "esclarecer la conciencia" no es afirmar el transitorio derecho electoral, sino algo más, que es responsabilidad de la convicción: cumplir como hombre una función en la trama histórica de las luchas de clases, teniendo conocimientos exacto de las ideas que gobiernan el porvenir.